

LOS AVATARES DE LA DEMOCRACIA EN MÉXICO: LOS MEXICANOS Y SUS PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN SOCIAL.

Jorge I. Sarquís¹

David J. Sarquís²

Introducción

Los mexicanos vivimos hoy día en un mundo cada vez más interdependiente y dinámico en el que se está rediseñando todo: la pareja, la familia, la sociedad misma y en consecuencia los sistemas políticos, los de organización económica y los de representación comunitaria. A pesar de los múltiples problemas que obviamente nos aquejan (muchos de ellos propiciados por la misma globalización), somos ya beneficiarios de algunos aspectos muy positivos de una internacionalización acelerada, el más importante de los cuales, desde la perspectiva política, tendría que ser el de la creciente preocupación de los mexicanos por la democracia. Las señales son, sin duda aún muy incipientes y los números de los participantes aún insuficientes, pero incluso para un observador rigorista, los signos son ya innegables (y desde un punto de vista optimista, incluso quizá alentadores): la sociedad civil en México empieza a desarrollarse y aunque el rumbo que pueda tomar su crecimiento está aún por verse, es un hecho que este desarrollo va a marcar el destino en el futuro político inmediato de los mexicanos, por lo que vale la pena revisarlo de manera crítica³.

A pesar de la apatía y la desconfianza que aún caracteriza a buena parte de nuestro electorado y del escepticismo con el que la mayoría de los mexicanos percibe la *cosa-pública* en general, es señal alentadora el que cada vez se manifiestan menos inconformes, por ejemplo, con la observación extranjera de los comicios mexicanos o que nuestro costosísimo IFE sea señalado internacionalmente como modelo de organización en materia electoral para otros países en desarrollo. A pesar de la escasa confianza del público en los políticos y sus partidos, no deja de ser alentador que un debate entre candidatos presidenciales se vuelva tema de interés popular y que hayamos dado cordial acogida a las ideas ambientalistas, de igualdad de género, o de desarrollo científico-tecnológico que figuran ya, aunque pobremente aún, en el discurso político escuchado por una incipiente sociedad civil, que empieza a dar muestras de su propia capacidad de organización, más allá del control manipulador de los partidos políticos.

En materia de composición demográfica, las razones de Estado que llevaron a nuestras

autoridades al esfuerzo institucionalizado de muchas décadas por “desindianizar” a la población indígena para hacerlos a todos sencillamente mestizos, ha dado paso a la tolerancia y aceptación de nuestra riqueza pluri-étnica y multicultural; el respeto y la defensa de los derechos humanos empieza a consolidarse gracias, en no poca medida, a la preocupación de la comunidad internacional, como lo demuestra el hecho de que las negociaciones en torno al libre comercio con la Unión Europea hayan tenido que librar los escollos causados por las imputaciones internacionales contra México, motivadas por supuestas violaciones a esos derechos.

Todo ello es parte del progreso impulsado por las actuales tendencias globalizantes/democratizadoras en nuestro país desde que culminó el conflicto bipolar hace apenas un par de décadas, sin que esto implique, en forma alguna, que todo marcha sobre ruedas para el desarrollo de la democracia en México. Esto está lejos de ser así, sin embargo, nos parece alentador que la opinión pública general empiece a interesarse más visiblemente por todos estos temas.

La reflexión que aquí queremos presentar requiere de algunas breves consideraciones iniciales que tienen que ver con el concepto mismo de democracia. No vamos a presentar ahora un estudio a profundidad sobre este tema, porque ello requeriría de un espacio mucho mayor del que disponemos en este momento. Huelga decir que, hablar de democracia significa mucho más que invitar a los ciudadanos a emitir un voto, incluso si las condiciones para elegir entre distintas opciones es real. En breve, entendemos la democracia como un régimen político de participación ciudadana crítica; como un estilo de vida en el que ser ciudadano implica ser corresponsable junto con los gobernantes de la *cosa-pública*, en vez de un actor pasivo que vive en zozobra y a la deriva, condicionado por procesos de toma de decisión de los que se es enteramente ajeno.

Creemos que este es el espíritu de la idea de democracia que emana de la modernidad ilustrada y que los países desarrollados tratan (no siempre con éxito) de exportar al resto del mundo como parte de los procesos de *globalización*⁴. Como proyecto de construcción social, y para trascender los límites de la abstracción utópica, la democracia exige, ante todo, de una población madura y preparada para asumir su responsabilidad ciudadana, de otra manera, aunque lograra instaurarse formalmente, nunca llegará a ser funcional. Es por ello que necesitamos explorar si es que, dadas las

condiciones de la idiosincrasia del mexicano, podemos realmente aspirar a la concreción de un proyecto sólido de democracia.

En este nuevo contexto creado por el proceso de globalización, el México de apenas unos cuantos años atrás parece cosa de un pasado mucho más remoto, pero no debemos confundir cambio con devenir. El primero puede no ser más que contingente y aleatorio, el segundo solamente puede ser necesario y por ello dialéctico. En México es tema de la tradición oral que las cosas cambian para que todo siga igual. El *leitmotiv* de nuestra historiografía parece ser el curioso fenómeno de los caudillos parteros de la historia: los grandes cambios han ocurrido siempre primero por decreto, detonados por voluntades personales más que por la acción de masas más o menos conscientes –la sociedad civil en México es, como ya hemos dicho, en el mejor de los casos, apenas incipiente. Así nos llegó también la democracia –como sugerida por condiciones externas- y aunque apenas una minoría de mexicanos se describen al menos algo satisfechos con el funcionamiento de nuestra democracia, hasta donde se puede afirmar, éste (el democrático) ha demostrado ser el orden social más perfecto –y perfectible- (aunque ciertamente no el más fácil de implementar) que la humanidad ha conocido para brindar igualdad de oportunidad a todos y así alcanzar la realización de nuestra humanidad a plenitud en beneficio del colectivo, por eso vale la pena estudiarla, asimilarla y tratar de ponerla en práctica en todos los aspectos de nuestra existencia.

Para México, cualquiera que sea el destino, un papel protagónico de jerarquía en el nuevo siglo exige necesariamente una mayor participación ciudadana, una mayor corresponsabilidad de la gente común en la toma de decisiones que afectan su vida diaria, para orientarla hacia la construcción de la unidad sobre la diversidad, de la hegemonía sin ninguna condena a la homogeneidad. Todavía está por verse cual será la contribución mexicana a la historia de la humanidad en este terreno.

El reto de la democracia en México

Para empezar a allanar el camino de la democracia en nuestro país, deberemos educar más civilizatoriamente, es decir, forjando consciencia civil; sólo así la mayor escolaridad puede traducirse en una mejor sociedad, porque al día de hoy, después de doscientos años de vida independiente, aún no somos una nación plenamente conformada, ni enteramente civilizada (sobre todo en términos de respeto por *la otredad*). No se construye la nación a base de velar cada quien por lo suyo, sin ninguna

consideración por el interés general; a base del impune desacato de las leyes que cancela cualquier vigencia del Estado de Derecho, ni siquiera a partir de la suma de los esfuerzos individuales más loables. No es nación un mosaico regional multicultural disperso y carente de identidad colectiva, por mucho que lo repita la historia que enseñamos, por elocuente que sea el discurso o grande la fe en la madre patria o en la selección nacional de fútbol.

Por ello una auténtica educación debe buscar guiarnos por el camino de la lucha contra nosotros mismos, la madre de todas las batallas. Un individuo bien educado se esfuerza por parecerse al ideal aristotélico del hombre más valiente: aquél que se conquista a sí mismo, a diferencia del que conquista a su enemigo. Un hombre de sólida formación cívica necesariamente cree, como el Filósofo, que es peor cometer una injusticia que sufrirla, pues sus instintos han sido domesticados y su espíritu, iluminado por la razón. El objetivo no es fácil de alcanzar, sobretodo cuando se vive en un medio en el que la gente implícitamente acepta la idea de que “el que no tranza no avanza” como principio rector.

La verdadera educación no puede ser sino laica. El Hombre –en tanto ser único por sus atributos evolutivos, que no menos natural que cualquier otro, es un ser espiritual, condición única que nos permite concebir el necesario compromiso de entender la función grupal de los códigos de ética a través de los cuáles se forja la idea de comunidad, no obstante, su formación espiritual propiamente dicha corresponde a la esfera privada de la vida social. Cabe agregar, que señalamos específicamente a la condición espiritual del Hombre, a diferencia del ser religioso, lo que normalmente implica estar sujeto a la guía específica de alguna institución política. Las iglesias son, en efecto, instituciones políticas que raras veces buscan el crecimiento del espíritu individual, y más bien propician su enajenación⁵.

Como acertadamente nos recuerda Dayal, el sentido original del latín “educere”, de donde viene nuestro verbo “educar” era “*sacar a la luz lo que está escondido dentro*” (Dayal: 2011, 22). Esto significa, desde nuestro punto de vista, orientar al individuo en el proceso de realización de sus potencialidades, la más importante de las cuales tendría que ser el desarrollo de un criterio propio aunado a su conciencia social, sin embargo, como advierte este mismo autor, nuestro sistema educativo se ha transformado más bien

y en gran medida en una especie de “*manual de adiestramiento del pastor alemán*” (ibídem) No es pues lo mismo educar que entrenar.

Es fundamental para la formación de un buen ciudadano inculcar a los niños el respeto y amor universal por todas las razas, por todas las formas de vida, por todos los credos y todas las manifestaciones culturales, por todas las formas de conocimiento y por todas las lenguas. La columna vertebral de la educación social debe ser una noción de bien común universalmente compartida: ninguna otra que la de salud y fortaleza de nuestro colectivo social. Es claro que en nuestro país ésta sigue siendo una asignatura pendiente y que su ausencia dificulta enormemente la consolidación de nuestra democracia.

Por eso, el mayor esfuerzo planificador y ejecutor de la educación debería centrarse en el forjamiento de una imagen de colectivo social atractiva a todos por igual, al margen de las visiones sectarias que sólo han polarizado nuestra sociedad, que sólo nos han confrontado desde siempre en grupos absurdamente antagónicos. ¡Como si la historia universal no fuese más que la eterna lucha entre conservadores y liberales! La lucha ha sido, por supuesto muy importante, pero si sólo centramos la atención en ella, va a ser muy difícil vislumbrar una opción distinta al conflicto como constante de la realidad social. Los países actualmente desarrollados claramente siguen viviendo conflictos al interior de sus sociedades, pero han tenido la capacidad para desarrollar mecanismos de atención al conflicto y el fomento a la cooperación y es en base a estos últimos que han logrado forjar una identidad *nacional* que les ha allanado el camino de las prácticas democráticas y del progreso.

Es imprescindible entender que lo humano se forja en sociedad. Lo dijo claramente Marcel Mauss hace casi cien años: “*Todo en sociedad –hasta las cosas más especiales– es sobre todo una función y su funcionamiento. Nada puede ser comprendido más que en relación con todo lo demás, con la colectividad en su conjunto y no simplemente en relación con lo particular. No hay ningún fenómeno social que no sea parte integral del todo social*”. (Mauss: 1927, 139) La calidad de lo humano es resultado del quehacer de cada integrante de la sociedad. En una red infinita de interacciones, todos tenemos que ver con lo que cada uno es. Quien no vea en sus acciones (u omisiones) la parte de responsabilidad individual que le toca por la incidencia de cada uno de los graves males que hoy nos aquejan, no ha entendido que, para bien y para mal, cada uno de nosotros es parte de un todo. Por el bien común, necesitamos entender que todos somos México y

que México es mucho más que la suma de sus partes, o jamás podremos desarrollarnos de manera armoniosa. Es muy difícil pensar en un México democrático en el que la disparidad en la apropiación de la riqueza que genera la brecha entre ricos y pobres es tan grande.

¿Qué impide nuestro devenir en sociedad justa y solidaria? ¿Qué obstaculiza nuestro ascenso entre los Estados Naciones libres? La historia universal muestra que el requisito *sine qua non* para ser *nación* es un sentimiento de identificación recíproca (en sentido amplio) entre una gran mayoría de los habitantes del territorio nacional, misma que permita la acción colectiva cotidiana y que vaya, por así decirlo, bordando los indispensables lazos invisibles para conformar un tejido social sólido y fundacional de un pacto perdurable que devenga en el *ethos* ciudadano conducente al colectivo sano y próspero que deberíamos ser.

La nación se constituye en un país verdadero cuando, desde la perspectiva de su pueblo, es capaz de percibirse como un jardín a cultivar y no una mina a explotar, y cuando no permite a ninguno de sus miembros -mucho menos a sus gobernantes- verlo de otro modo. Pero en nuestra región del mundo este cimiento se encuentra aún inacabado –si no es que de suyo, condenado por siempre a ser una contrahechura sin remedio, incapaz de soportar el peso del edificio social. Tal parece la inescrutable cualidad adolescente de nuestra idiosincrasia.

Probablemente, previo a su trágico descubrimiento por Europa, el orden sociopolítico original de Mesoamérica estaría en ruta hacia algo semejante a la síntesis Helénica que resultó de las Guerras Médicas en el siglo V a.C., en la región de la Hélade y así, en el curso de su evolución hacia una federación mesoamericana cuya cohesión hubiera dificultado la conquista, al menos lo suficiente como para quizá lograr condiciones distintas de sometimiento incondicional a la España católica. Pero no fue así; dividida como estaba, la neolítica constelación étnico-regional mesoamericana de pensamiento más mágico que religioso resultó fatalmente vulnerable a la vieja Europa cristiana -bien entrada ya en la era de hierro, la rueda y la pólvora, que aprovechó al Nuevo Mundo para ampliar los horizontes de su propio desarrollo mucho más allá de los estrechos límites territoriales de la cuenca del Mediterráneo y del marco conceptual de la iglesia católica, abriendo la puerta a medio milenio más de historia cristiana que gradualmente y en paralelo se fue haciendo nacional y global. Bien apuntó Antonio Caso: “Desde el

punto de vista de la civilización, es claro que la Conquista fue un bien inmenso. Europa, gracias a España, realizó en América la más extraordinaria ampliación de sus posibilidades de desarrollo cultural. Pero, (...) la Conquista fue un mal para los aborígenes del Anáhuac". (Caso, A., en: Bartra: 2002, 56).

¿Qué marca indeleble han dejado en nuestro carácter la experiencia traumática de la conquista? Es claro que perdura en nosotros la huella de los trescientos años de vasallaje que le siguieron a esa dolorosa experiencia y luego los doscientos de azarosa vida independiente que nos dejó aparentemente incapacitados para recuperar la idea de bien común; es por ello que vagamos en amorfo conglomerado arrastrados por la historia; dando tumbos, de tropiezo en tropiezo sin llegar a reconocernos a nosotros mismos más allá de la familia; maldiciendo nuestra suerte desde la nostalgia, lamiendo por siempre las viejas heridas, insistiendo tozudos, como le expresara cándidamente un jefe Raramuri en las Barrancas del Cobre en Chihuahua: *"Queremos seguir siendo lo que somos, pero ya no queremos seguir estando como estamos"*.

Estas palabras develan una de las más profundas raíces de nuestros graves problemas: nuestro entrapamiento en el pasado. Anhelos imposibles: para dejar de estar como estamos, debemos sacrificar buena parte de lo que hasta hoy hemos sido. No podremos amar a la nación si no superamos los estrechos límites del amor propio, del amor por la tierra que da de comer o por la familia; tampoco nutre al amor patrio la mentira mitológica, por bien intencionada o piadosa que ésta sea. ¿Sería este el sentido de la elocuente pasión de Caso?: *"¿Quizá el problema de la patria, como todas las cuestiones que no se acierta a resolver, sea solamente un sutil, un arcano problema de amor!"* (Ibíd., 58).

Dos guerras (Independencia y Revolución) y dos invasiones extranjeras de gran calado (1846-48 y 1862-67) no han bastado para lograr la preciada identidad nacional y la configuración de una lealtad ensanchada que nos fortalezca como grupo. Ideales importados, trasplantes mecánicos o caprichos mesiánicos, todo ha demostrado su infecundidad en nuestras tierras desde que nacimos a la vida independiente. Hoy el discurso de mundo globalizado le parece a muchos una nueva y odiosa camisa de fuerza, y sin embargo, tenemos que aprender a vivir en ella.

Ya sabemos que con la conquista, de un plumazo se fueron al basurero de la historia las creencias que constituyeron la cosmogonía dominante entre todos los pueblos

sometidos, aunque ciertamente muchas cosas subsistieron en forma de una amalgama (no necesariamente benéfica) que ha contribuido a la conformación de nuestro híbrido carácter nacional. Pero, ¿podemos siquiera empezar a imaginar el efecto que habría tenido esta mutilación profunda y terrible al imaginario de pueblos educados exprofeso por miles de años en el sacrificio y el auto-sacrificio cotidiano con la misión sagrada de hacer prevalecer la luz sobre la oscuridad, el orden cósmico sobre el caos universal? ¿Podemos acaso sentir siquiera mínimamente la desilusión, el sentimiento de fin del mundo que habrá invadido hasta la médula de los huesos a los sobrevivientes al holocausto de la conquista? ¿Puede cualquiera de nosotros percibir la magnitud de la frustración individual ante el fracaso del colectivo?

Vista la evidente superioridad de los blancos barbados, sus venados gigantes y sus cañas de fuego, ¿no resultaba transparente la superioridad del nuevo Dios Único sobre la pléyade de los dioses que habitaban el antiguo Olimpo mesoamericano? ¿Ese fatal ardor que provocaba la erupción de la piel y quemaba hasta matar, no era señal inequívoca del inminente fin del mundo por decisión superior? ¿Entonces, la grandeza y el esplendor de la nación a la que los poetas cantaban: ¿Quién podrá derrotar a la gran Tenochtitlan? ¿La gloria pasada, los venerados ancestros que velaban por nosotros bendiciendo nuestros actos; los temidos Dioses, nada sino una gran mentira, un trágico malentendido de quienes debían conducir al pueblo y del que todos estuvieron fatalmente convencidos? Tanta vida, tantas generaciones, ¿Todo en lo que se creía y por lo se daba la vida propia y la de los hijos, un craso error? ¿Qué creer ahora? ¿Qué es real? ¿Cuál es la verdad?

Ante el desolador abandono por los antiguos Dioses en la más terrible orfandad, es claro que no habría bastado la venganza contra el yugo azteca, dada la pronta reducción a la esclavitud de todos los indios por igual, fuesen aliados del conquistador o no. ¿Cómo se salvó el espíritu indígena que sobrevivió a la espada? No por gracia de la apropiación íntegra de la nueva doctrina, sino debido a la ingeniosa y sutil filtración de una creencia indígena, singular y toral, que logró permear y llegar a la base misma de la nueva religión impuesta; comienzo de nuestro sincrético catolicismo.

Para todos los mexicanos, lo mismo para los que profesan la fe católica y rinden culto a la Virgen de Guadalupe como para los que no comparten las creencias del cristianismo católico, por el hecho de compartir la identidad mexicana, para todos debería ser

igualmente importante conocer el origen, la fuerza espiritual y el sentido del culto Guadalupano. Después de todo, más de veinte millones de personas visitan la Basílica de Guadalupe anualmente; dos millones tan sólo durante los días de peregrinaje que culmina el doce de diciembre con la concentración religiosa multitudinaria más grande de América. El Cerro del Tepeyac es un peregrinaje obligado para los guadalupanos, tal como Meca lo es para los musulmanes o la Catedral de Santiago de Compostela para los cristianos. ¿Por qué? ¿A qué se debe este enorme poder de convocatoria de la Virgen Morena? ¿Cómo pudo este ícono religioso aglutinar a los mexicanos alrededor de la causa de la independencia igual que alrededor de la causa revolucionaria?

A sólo diez años de la caída de la capital del imperio mexica en 1521, las supuestas apariciones de la Virgen de Guadalupe en 1531 dieron continuidad a un mito inicialmente indígena que pretendió dar persistencia a un elemento fundamental y fundacional de la antigua cosmogonía mesoamericana dentro de la nueva religión – Tonantzin era una deidad compleja, múltiple y en uno de sus aspectos, la madre de todos los dioses. Tras la devastación y la desolación provocada por la conquista, que como extirpar el corazón quiso extirpar mediante el evangelio las viejas creencias, algunos de los representantes de la inteligencia indígena bautizados, habrían intentado encontrar la forma de que sus antiguas concepciones permearan la nueva religión y ésta le pudiera brindar así a su pueblo, ya sometido, la esperanza de un lugar en el nuevo orden impuesto. La Virgen de Guadalupe representa en ello la nostalgia por todo lo perdido, la añoranza de un pueblo -como la añoranza de un niño, por el regazo materno, caudal de amor y consuelo en los momentos más adversos. En este sentido, la pueril ternura de la devoción Guadalupana resulta por demás conmovedora. La Virgen de Guadalupe es originalmente la imagen de la madre de los vencidos, de los que sufren, de los pobres y desamparados, de los desposeídos.

No fue sino hasta más de un siglo después de las apariciones que los españoles y criollos hicieron suyo el culto y lo usaron luego para forjar una identidad religiosa diferenciada de la España católica que resultó instrumental durante la posterior convocatoria insurgente. Desde mediados del siglo XVIII –pero particularmente luego del triunfo de la guerra de independencia, se hizo más explícito el papel de la imagen Guadalupana en el forjamiento de una identidad nacional mexicana, cuyo significado religioso se enriqueció así con un sentido social y político. Lo que había sido en su

momento una conquista de los vencidos sobre los conquistadores, se volvió de tal modo simiente de la nueva nación.

Desafortunadamente no se puede decir que el culto guadalupano haya realmente fusionado en un solo proyecto cultural a las dos componentes de la identidad en México, el legado indígena y el español pueden haber generado al mestizo, pero en su mente nunca se logró la síntesis armoniosa de su rica herencia (Bonfil: 2009, 61): el mestizo sigue dividido a la fecha entre su desprecio a lo indígena, indolente, sojuzgado, en fin inferior y su odio a lo español, dominante, impositivo; el mestizo no quiere ser lo uno, pero tampoco alcanza a ser lo otro, de donde su sentido de identidad ha estado históricamente extraviado. En este contexto, el credo guadalupano ha sido uno entre varios mecanismos de control y sujeción de una voluntad popular que no ha llegado a desarrollarse.

Tanto en 1810 como en 1910, los insurgentes encontraron en la tilma de Juan Diego más poder de atracción sobre las masas agraviadas por el orden establecido que en cualquier otra idea o discurso. Que su indiscutible poder de convocatoria fuese más que eso, no lo muestra la historia. Para el caso de la guerra por la independencia, podemos suponer que las atroces muestras del odio indígena, incontenible en las primeras batallas donde resultara victorioso, habrán sido un importante elemento de juicio para que el líder de la revuelta decidiera no lanzarse a la toma de la capital cuando tenía todo para lo que probablemente hubiera sido una victoria rápida; igualmente probable es que supiera que la decisión tomada, le significaría personalmente el principio de un fin muy próximo.

En el caso de la Revolución, el brillante análisis de Adolfo Gilly en su ya clásico: *“La Revolución Interrumpida”* pudo discernir que en el momento cenital de su carrera revolucionaria, los auténticos líderes populares, Villa y Zapata, los que lideraban a las masas Guadalupanas, se reúnen en ciudad México en 1914, sólo para darse cuenta que no saben qué hacer con el poder que han tomado; sentados en la silla presidencial sólo atinan a bromear; deciden entonces replegarse a sus respectivos territorios y vigilar desde ahí que otros líderes del movimiento cumplan con las promesas de la Revolución (sobre las cuales, cada uno tiene su propia idea).

A partir de ese momento sus días están contados; han mostrado su incapacidad para trazar un rumbo hacia el futuro, dejan su lugar a otros, mientras que a ellos no queda

sino el martirio. Lo que para fines de este breve ensayo es pertinente destacar es que ninguno de estos importantes movimientos sociales se inspiró en o dio paso a un modelo social de organización política con responsabilidad compartida: democracia sólo era, en el mejor de los casos, un ideal abstracto que servía para justificar causas populares que nada tuvieron de democráticas. No hay pues, en la historia del país ninguna tradición que hubiese alentado el surgimiento de una sociedad civil capaz de asumir su papel en la política nacional.

Las formas de Estado en nuestra historia siempre fueron paternalistas y nuestro pueblo conserva hasta la fecha atisbos de esas actitudes infantiloides de los adultos que quieren que sus autoridades les resuelvan todo en la vida, desde la creación de empleos hasta los vales para medicinas. Dialéctica de un juego perverso, en el que los ciudadanos pueden reclamar **todos** sus “derechos” a una autoridad que desconoce límites en el ejercicio del poder y se justifica repartiendo migajas entre una población aparentemente contenta de tener a quién echarle la culpa de que todo anda mal. ¿Lograremos realmente madurar algún día?

¿Carácter mexicano Vs democracia?

Los empeños de nuestra Inteligencia por desentrañar el misterio del mexicano tienen una larga historia. Muchas han sido las mentes preclaras que abordaron el problema con fascinación, ávidas por desentrañar el enigma y contribuir a la comprensión de nuestras razones buscando trazar el camino hacia la ansiada meta del autoconocimiento y ulteriormente, la prosperidad de una sociedad justa, libre y rica.

En los albores del siglo XX, en el cenit del auge Porfiriano, desde su adscripción positivista, Ezequiel Chávez (en: Bartra, 2002 23-27) distinguió, no sin prejuicios étnicos, algunos de los elementos constitutivos del carácter mexicano que no es difícil reconocer como propios en mayor o menor medida. Según Chávez, todavía en su época no acaban de macerarse en el mortero de la historia hasta la homogeneidad que demanda la unidad, todas los defectos y virtudes de los diversos componentes de nuestra sociedad: el amor por la tierra que da de comer, la inclinación a la embriaguez, la aversión a todo despotismo, la indiferencia impávida por la muerte, la gratitud hiperbólica para quien tiende la mano, la infidelidad, el individualismo hasta la excentricidad, la deslealtad, el escepticismo, la fanfarronería, el estoicismo capaz de lo sublime, el heroísmo más altruista, la apatía indolente, el elevado sentido de la dignidad

o amor propio, capaz de la mayor renuncia, aún del mayor de los sacrificios; en fin, todo lo que en cada uno de nosotros se yuxtapone sin resolverse en unidad útil a la construcción de una sociedad mínimamente homogénea, unidad con capacidad para reconocerse a sí misma en cualquier lugar dentro de los confines del territorio nacional, por distintivos que puedan ser los matices regionales que por ley natural imprimen su particular sello en el carácter de los hombres.

Pero fue la Revolución de 1910, ya en vías de ser institucionalizada, la que amamantó al menos a dos generaciones de intelectuales admirables que han dedicado un incansable esfuerzo reflexivo -quizá en muchos casos no libre de compromiso con las razones de Estado emanadas de la deontología propia del Nacionalismo Revolucionario, en el ánimo de iluminar nuestra comprensión del ser social mexicano. Así, con vehemencia Antonio Caso se preguntaba respecto de la difícil amalgama entre conquistadores y conquistados: “(...) *¿cómo realizar un alma colectiva con factores tan heterogéneos?*” (Caso, A., en Bartra: 2002, 56). Por su parte, el apóstol de la educación, José Vasconcelos, proponía el “*alma cósmica*” como una especie de síntesis dialéctica, misión histórica de la cultura mundial en América, que tendría como protagonista central a la raza iberoamericana, la cual será menester “*se penetre de su misión y la abrace como un misticismo*” (Vasconcelos, J., en Bartra, 2002, 67) para lograr al nuevo ser biológico de la quinta raza, esa que habría de contenerlos a todos: “*tantos que han venido y otros que vendrán, y así se nos ha de ir haciendo un corazón sensible y ancho que todo lo abarca y contiene y se conmueve; pero, henchido de vigor, impone leyes nuevas al mundo. Y presentimos como otra cabeza, que dispondrá de todos los ángulos para cumplir el prodigio de superar a la esfera*”. (Ibíd., 69).

Más realista –aunque con mucho más intuición poética que rigor sistemático- nuestro inmortal Paz escribió en ese agudo compendio de observaciones sobre nuestro más íntimo ser como mexicanos, “*El Laberinto de la Soledad*”, que buena parte de nuestra historia nos dedicamos escondernos tras mil máscaras y copiar infructuosamente todos los modelos habidos y por haber hasta agotarlos, hasta que ya no hay más modelos que copiar y hoy (es decir ¡hace 63 años!) por fin somos contemporáneos del mundo. Pero nos resistimos a contemporizar con el mundo; no hemos empezado a educar para ello. Como funesta consecuencia incapacitamos a nuestros hijos para la comprensión del mundo, porque lo único que enseñamos desde la cuna es temor; con nuestro propio ejemplo enseñamos a tener miedo; en casa y luego en la escuela, inculcamos temor a la

vida, temor a la libertad. En consecuencia, el miedo nos incapacita para la responsabilidad, nos hace propensos a la violencia, dispara mecanismos de autocontrol que en última instancia cancelan nuestras posibilidades de madurar en una ciudadanía capaz de organizarse en sociedad civil y luchar por derechos colectivos, pues los estrechos límites son el individuo y la familia.

Toda forma de control se inspira en el miedo y la falsa necesidad de un algo que nos diera un sentimiento de seguridad; la tan ansiada seguridad. Las bardas y alambrados alrededor de nuestras casas denuncian nuestro miedo, seríamos felices sabiéndonos habitantes de fortalezas inexpugnables. Miedo inútil: mejor sería cultivar los valores y los hábitos que tornaran innecesarias tantas leyes escritas, porque nadie puede negar que, en cualquier sociedad, el número de leyes escritas varía de forma inversamente proporcional a la fortaleza de los principios que, como por arte de magia, emanan entre los miembros de una comunidad cuando se saben seguros de las bondades que resultan de la convivencia en colectivo y que a todos alcanzan; tal es la esencia de las buenas costumbres y tradiciones que generan la cohesión, sin la cual es imposible el desarrollo de identidad de grupo.

Jorge Castañeda ha señalado en su reciente revisión de los rasgos peculiares del carácter del mexicano, (el libro a leer se titula *“Mañana o Pasado: el misterio de los mexicanos”*), que el miedo nos viene de lo débil y frágiles que nos consideramos a nosotros mismos, haciendo de la nuestra, una vocación por la renuencia al conflicto, particularmente en lo que a la competencia se refiere. En palabras del polémico ex-canciller: *“La aversión mexicana por el enfrentamiento surge de una combinación de cuatro factores: 1) el miedo de que todo conflicto conduce a la violencia, 2) la convicción de que llegado el altercado no hay reconciliación posible, 3) la creencia de que cualquier confrontación es en última instancia inútil y 4) la negación del principio aristotélico del tercero excluido, lo cual conlleva la negación de cualquier proposición binaria”* (Castañeda, 2011, 166); dicho de otro modo, a nosotros nos gusta pensar que sí se puede cantar, silbar y tragar pinole al mismo tiempo.

El miedo resulta de la inseguridad y se traduce en desconfianza; y a decir verdad, es difícil identificar un rasgo más propio del carácter mexicano que la suspicacia (*sospechosismo*, en jerga política contemporánea). Este fatídico sello de nuestro ser social es congénito; se remonta sin duda a la antigüedad mesoamericana, pero ha sido

sublimado después de la conquista generación tras generación; es la fibra de la que están hechos todos nuestros mecanismos de autodefensa, así como todas las conductas individualistas y antisociales que bloquean de origen el desarrollo de la civilidad propia del buen ciudadano e impiden con ello nuestro devenir en sociedad civil organizada. Porque dudamos, preferimos no comprometernos con nada en serio, pues todo parece, en el mejor de los casos, pasajero; porque sospechamos no confiamos en nadie, pues todos nos quieren perjudicar y al menor descuido eso es lo que sucederá. Tales serían los orígenes de nuestra espontánea identificación con los débiles y los vencidos; por eso mismo el estoicismo es la más venerada de nuestras actitudes.

Ya los clásicos como Samuel Ramos, Manuel Gamio y el propio Octavio Paz habían observado que desde niños aprendemos a sufrir la derrota con dignidad; la resignación no es sólo una virtud popular, es la madre de todas las virtudes.

Ya sabemos que las ciudades estado mesoamericanas, previo a la llegada de los europeos, vivían bajo el férreo dominio azteca, a quienes casi todas debían pagar onerosos tributos; de modo que es creíble que los pueblos subyugados procurasen por todos los medios posibles el mínimo tributo a pagar, ocultando la verdadera magnitud de sus riquezas y recursos; no en vano prestos la mayoría se sumaron a la causa recién llegada en contra de los aborrecidos mexicas. Tampoco es casual que, a pesar de ser ya parte de nuestra actualidad, las entidades gubernamentales y casas encuestadoras comerciales dedicadas a levantar estadísticas y a realizar estudios de opinión, han tenido que desarrollar una admirable habilidad para extraer respuestas veraces a sus encuestas, dada nuestra instintiva inclinación a mentir y ocultar la verdad por temor de que nos resulte costoso ser honestos.

Al tratar el tema de nuestra característica desconfianza en su ensayo *El complejo de inferioridad*, Samuel Ramos atribuye esta peculiaridad de nuestro ser social a la devaluación de la identidad nacional por efecto de las “*experiencias colectivas desfavorables a lo largo del siglo XIX*” ((en Bartra, 2002, 113). Según el clásico, “*Como efecto de esta devaluación surge la desconfianza de los mexicanos unos respecto a otros, se debilita su espíritu de solidaridad y de cooperación social y los hombres se sienten atendidos a sus recursos individuales*” (Ibídem, 114). Debemos suponer que, al menos durante algún tiempo de nuestro andar como nación independiente, sí existió una identidad nacional altamente valuada por los mexicanos

que cayó víctima de la historia, cuyos golpes la echaron por tierra induciendo la pérdida de un reconocimiento mutuo que sí existía. Esta interpretación no se corresponde con la historia. Nuestro grave problema es que nunca, ni antes ni después de cualquiera de los grandes conflictos a lo largo de nuestra historia –incluida la conquista, la guerra por la independencia o cualquier otro– se ha consolidado siquiera mínimamente una identidad nacional, precisamente por falta de ese reconocimiento mutuo mínimo necesario entre dos mexicanos que no sean de la misma familia o que no provengan del mismo barrio.

Quizá lo más cercano que hemos estado de tal reconocimiento fueron los años en que Ramos y muchos otros reflexionaban y al hacerlo, aportaban elementos para la construcción de una identidad nacional, desgraciadamente a la sombra del Estado (y sus razones) surgido de entre las cenizas del aborto de revolución popular que vivimos a inicios del siglo XX. Debemos agregar que Ramos no hace al respecto la comparación con otras naciones, como sí lo hace para el caso de rechazar que las particularidades regionales pueden opacar a la identidad nacional. Por ello, cabe preguntar por qué dos guerras mundiales durante el siglo XX no parecen haber devaluado ni un poco la identidad nacional de los alemanes, o por qué dos bombas atómicas no incapacitaron de por vida a todos los japoneses para cualquier intento de resurgimiento. Nos atrevemos a especular que lo contrario es más bien correcto: es al ritmo e intensidad de la adversidad superada que se fragua el carácter nacional, el “amor a la camiseta”; después de todo, no es celebrando la victoria, sino superando el fracaso, que crece lo mismo el individuo que un pueblo. Pero ni durante la guerra de independencia, ni durante las invasiones extranjeras en el siglo XIX, ni durante la revolución del siglo XX, hemos luchado los mexicanos todos unidos en una causa común. En todos los conflictos que hemos vivido, nos hemos enfrentado entre hermanos, divididos en apoyo a tal o cual. Los combates han sido siempre librados por ejércitos en cuyas filas militaban mexicanos –mestizos, indios y criollos del lado insurgente; criollos y mestizos del lado realista (sólo unos cuantos peninsulares en los más altos cargos del ejército). En la invasión norteamericana criollos y mestizos opositores de Santa Ana jugaron un papel decisivo en el resultado final; tampoco en la intervención francesa el enemigo principal fue el invasor extranjero, sino los mexicanos indios, criollos y mestizos conservadores que habían traído al ingenuo Maximiliano o que sencillamente aceptaron ponerse de rodillas frente a él. Ni qué decir del caso de “la bola”, en ninguna instancia se ha visto a los

mexicanos luchar juntos, siempre hemos estado enfrentados los unos contra los otros. Sigue pendiente la comunión nacional.

De la mano de nuestro pecado original, sabernos solos, recibimos de nuestros ancestros españoles el germen de la corrupción: el desacato de la ley. La mitad de nosotros opina que un funcionario público puede aprovecharse del puesto, siempre que se vea la obra y “salpique”. Es uso y costumbre añeja que la función pública sea vista como instrumento de movilidad social. Recordemos que en días aún no lejanos, siendo primer mandatario, Luis Echeverría declaró sin dudar: *“la tarea del gobierno no es generar riqueza, sino dar empleo”*. Esos días hicieron popular el dicho: *“no quiero que me den, quiero que me pongan donde hay”*. Todos sabemos a dónde nos llevó este nacionalismo revolucionario -que sobre todo en los sexenios del ya citado Echeverría y el de su sucesor, José López Portillo, llevó al extremo la política gubernamental de tener a todo el país en la nómina y a todo el aparato productivo bajo su control directo.

La vieja tradición colonial de ignorar la ley y guardar una actitud patrimonialista sobre la función pública hizo de la corrupción un depurado estilo de vida nacional a lo largo de cinco siglos. Es claro que estas actitudes nuestras frente a la ley y nuestro individualismo son incompatibles con la indispensable construcción de una ciudadanía.

A este respecto, el análisis ya citado de Castañeda nos refiere que, en la península Ibérica, originalmente la frase “se obedece pero no se cumple”, expresaba una petición de reconsideración; *“...la ley era obedecida pero su aplicación se suspendía hasta que su ejecución final fuera sometida a una última consideración del Rey, a quien se le rogaba humildemente que enmendara la ley y tomara en cuenta los intereses de la parte ofendida”* (Castañeda, 2011, 295). Pero en la Nueva España, donde debido a la lejanía, la Corona nunca gozó más que de un exiguo control sobre los poderes locales *de facto* que actuaban como les parecía mejor: conquistadores e iglesia, la frase pronto se convirtió en una manifestación de autonomía local. Los súbditos novohispanos aceptaban formalmente la autoridad real y la de su virrey; pagaban la mayor parte de sus impuestos y respetaban las injustas restricciones comerciales; pero localmente manejaban las cosas a su conveniencia, simulando cumplir con los edictos y regulaciones monárquicas. Esto sembró a la vez la separación entre la ley y los hechos por una parte, y por la otra la impronta patrimonialista del gobierno colonial que prevalece aún hoy (Ibídem, 296-297).

Conclusiones.

No es fácil la Democracia, ni evidentes sus virtudes a primera vista; si además, la reducimos a su sentido estrecho de participación en las elecciones y luego seguimos siendo y actuando igual que antes, lo que hacemos es firmar un cheque en blanco, transferimos las responsabilidades que a todos nos obliga el régimen democrático, a otro a quién luego culpar. Es obligación de todos ser mucho más protagónicos: vivir una Democracia nos exige asumir responsablemente la rienda de nuestra vida colectiva; ¿Cómo? Construyendo activamente las organizaciones civiles que legitimen a la supraestructura encarnada en los tres poderes representativos de nuestra soberanía. Debemos aceptar y asumir la tarea de construir y participar en las organizaciones que vinculen a las personas con las instituciones, de modo que vayan de la mano personas e instituciones y nadie se sienta excluido de la toma de decisiones que conducen nuestras vidas. Entre mayor sea el esfuerzo en esa dirección, más rápido cerraremos la brecha entre la democracia ideal y la democracia posible, dada nuestra realidad.

El problema es justamente que, dadas las características distintivas del modo de ser del mexicano (sin olvidar que toda generalización es abusiva) no tenemos las mejores condiciones para la construcción de un proyecto democrático. El número de mexicanos conscientes, responsables, maduros para asumir la corresponsabilidad que implica la *cosa pública* no ha hecho aún masa crítica como para mantener la reacción en cadena que encienda y mantenga viva la llama del espíritu ciudadano que la democracia requiere para ser operativa.

No nos sintamos víctimas de un conveniente desencanto con la alternancia en el poder ejecutivo. El desaliento respecto a la Democracia generado por la desoladora experiencia de doce años de alternancia en la Presidencia equivale a perder la fe en el matrimonio porque el propio acabe en divorcio, o la fe en Dios porque no se cumplen nuestros caprichos; o a suponer que la certificación de la calidad es un premio. Nada más contrario a la verdad. Igual que cuando una institución de educación pública recibe el certificado de calidad su comunidad, en efecto, firma un compromiso de por vida con los procesos de la mejora continua, asimismo, cuando vivimos la democracia debemos vivir continuamente comprometidos con el ideal de la virtud ciudadana, que no consiste en otra cosa que en hacer lo correcto, aún a sabiendas de que nadie se enterará. El mexicano tiene que aprender a luchar contra sí mismo en este sentido. En alguna

oportunidad nos comentó un amigo extranjero que los mexicanos somos tan corruptos, que ni siquiera sabemos que somos corruptos. Cuando le pedimos que se explicara nos dijo: *“miren, en mi país también hay corrupción, pero la gran mayoría de la gente la reconoce cuando la ve y formalmente la desaprueba. Aquí, es un estilo de vida; es una forma normal de hacer las cosas para obtener resultados: en su país, agregó, las leyes de tránsito son opcionales, la gente práctica la dádiva a cambio de favores, los alumnos copian en los exámenes sin el menor empacho y una larga lista de cosas que la gente considera sencillamente “normal”, así son las cosas en México”*. Obviamente, es muy difícil empezar siquiera a resolver un problema antes de reconocerlo como tal.

La nuestra es aún una muy precaria y fragmentada transición democrática, opacada por el drama de la violencia homicida que amenaza convertir los magros logros de la transición en una victoria pírrica. Como ha dicho el ensayista Ricardo Cayuela, *“el problema de México no es el narcotráfico, sino una sociedad permisiva al quebrantamiento de la ley y una autoridad que cotidianamente nos muestra que la ley es un elemento digamos, negociable”* (citado por Bartra: 2012, 17). La sociedad, de por sí conservadora, en su temor se aferra a la rancia cultura de la política corporativa. Se da así la ironía de que la sociedad misma es la que se niega a la adopción de una actitud diferente, moderna y democrática. Aunque la clase política ha demostrado su propia ineptitud para conducir al país en la transición, en el fondo, en la raíz, es la sociedad mexicana en su conjunto la que detiene su propia marcha.

No sabemos hacia dónde va México -no con esa tranquilizadora certidumbre de antaño de que nada pasaba. México ha cambiado mucho, tanto que nos cuesta trabajo asimilar tantas novedades y reconocer las transformaciones de su fisonomía. Este multipartidismo de genuina apariencia, la autonomía de los poderes, los procesos electorales cada vez más legítimos, el presidencialismo acotado, elecciones primarias y alianzas opositoras, todo eso es bueno, sano. Pero no vino sólo todo eso; la nueva modernidad política llegó junto con una nueva modernidad económica, cruel y despiadada que en los últimos veinte años ha extremado el fracaso de nuestras aspiraciones de justicia social e igualdad. La benemérita universidad pública, otrora eficaz instrumento de movilidad social y redistribución de la riqueza, aliada consentida de los gobiernos de la Revolución, formadora de las elites dirigentes, es cada vez más el refugio donde buscan los jóvenes mexicanos resguardarse de las inclemencias del libre mercado: es su póliza de seguro de desempleo. Ya desde 1996, Héctor Aguilar Camín

auguraba la enorme presión que habría de ejercer el “*sobrecupo juvenil*” (el libro a leer es “*Después del Milagro*”): en sus palabras, “*El éxito alcanzado a partir de los años cuarenta del siglo XX en el abatimiento de la mortalidad sembró para el cuarto de final de siglo una presión demográfica sin precedentes sobre el empleo, la educación y los servicios*” (Aguilar: 1996, 112). No hay duda que estamos ya en medio de esa crisis demográfica que amenaza los propios logros de la apertura política. La proyección hacia el 2000 de la estructura poblacional del sistema educativo citada por Aguilar Camín no resultó muy errada, y ya en 2010 tuvimos más de 20 millones de niños en primaria (97% de cobertura) más de 2 millones de estudiantes de secundaria, casi 2 millones en preparatoria y casi 3 millones en el conjunto nacional de las instituciones públicas y privadas de educación superior. ¿Cómo conciliar este tamaño de demanda educativa con los estándares más deseables de calidad educativa garante de una preparación correspondiente a la complejidad de los retos que enfrentamos en el futuro más inmediato?

Es cierto que, como lo ha sentenciado Jesús Silva-Herzog Márquez (2000), negar la nueva realidad global, es querer “*largarse del planeta*”. Concretamente desde la perspectiva económica, Elvira Concheiro Bórquez (1996) sugiere en su ensayo “*El Gran Acuerdo, Gobierno y Empresarios en la Modernización Salinista*”, que la apertura comercial bajo el dogma del libre mercado es uno de los pilares sobre los que descansa la nueva ideología que poco a poco ha ganado terreno a nivel mundial, y que se desprende de las renovadas necesidades del desarrollo capitalista contemporáneo a escala global.

Sin duda atravesamos momentos difíciles y seguramente habrá todavía numerosas víctimas colaterales de la guerra; pero peor sería la desesperanza y la parálisis. No queda sino continuar tratando de construir país. Sepamos que muy probablemente no lo veremos, como sabemos que si no hacemos ahora lo que nos toca, pasarán otros cien años y la misión de todos de lograr la consolidación de un México justo y próspero seguirá siendo una tarea pendiente.

Ciertamente las cosas pueden aún empeorar antes de empezar a mejorar. Pero el caos terminará pues, así como a todo principio toca un fin, asimismo a todo fin corresponde un nuevo principio. La actual coyuntura hallará justificación sólo si conlleva la consolidación de nuestras instituciones, la única plataforma posible de despegue para

llegar al final del siglo XXI rivalizando con Washington por la sede del poder hegemónico de Norteamérica sobre el mundo, como lo ha sugerido George Freeman (2011), experto en inteligencia y geopolítica estadounidense (el libro a leer se titula “*Los próximos 100 años*”).

No podría ser mejor el momento, porque como decía Menandro de Atenas, “*en la adversidad, el hombre encuentra su salvación en la esperanza*”⁶. Y la esperanza de llegar a ser una potencia mundial es para México, totalmente legítima; es incluso un deber moral que desde lo más profundo de nuestras raíces anhela convertir nuestra nacionalidad mexicana en mexicana universalidad.

Bibliografía

- Aguilar-Camín, H. 1991. *Después del Milagro*. Cal y Arena. México.
- Bartra, R. 2002. *Anatomía del Mexicano*. Plaza y Janes Editores. México.
- Bartra, R. 2012. *La hidra mexicana: el retorno del PRI*. *Letras Libres*, Ed. Vuelta, México. 157:12-19.
- Bonfil Batalla, Guillermo, (2009), *México Profundo*, University of Texas Press, Austin.
- Caso, A. Unidad e Imitación. En: Bartra, R. 2002. *Anatomía del Mexicano*. Plaza y Janes Editores. México. pp. 55-61.
- Castañeda, J. G. 2012. *Mañana o pasado: El Misterio de los Mexicanos*. Ed. Aguilar. México.
- Chávez, E. La Sensibilidad del Mexicano. En: Bartra, R. 2002. *Anatomía del Mexicano*. Plaza y Janes Editores. México. pp. 25-45.
- Concheiro-Bórquez, E. 1996. *El Gran Acuerdo, Gobierno y Empresarios en la Modernización Salinista*. UNAM-ERA, México.
- Dayal, Prem, 2011. *¡Me vale madres!: mantras mexicanos para la liberación del espíritu*. Grijalbo, México.
- Eliade, M. *Tratado de Historia de las Religiones*. ERA. México.
- Freeman, G. 2011. *The next 100 years*. Anchor Books, NY.
- Gilly, A. 2007. *La Revolución Interrumpida*. 2ª ed., ERA. México.
- Mauss, Marcel, 1927. *Divisions et proportions des divisions de la sociologie*, Année sociologique, nouvelle série, 2
- Paz, Octavio. 1981. *El Laberinto de la Soledad*. FCE, México.
- Ramos, S. El Complejo de Inferioridad. En: Bartra, R. 2002. *Anatomía del Mexicano*. Plaza y Janes Editores. México. pp. 109-120.
- Silva-Herzog, J. 2000. *El Antiguo Régimen y la Transición en México*. Planeta/Joaquín Mortiz. México.
- Vasconcelos, J. La Raza Cósmica. En: Bartra, R. 2002. *Anatomía del Mexicano*. Plaza y Janes Editores. México. pp. 63-73.

¹ Investigador, Universidad Veracruzana, Campus Orizaba Córdoba. email jsarquis@uv.mx

² Investigador, ITESM Campus Lago de Guadalupe, Estado de México. email david.sarquis@itesm.mx

³ No pretendemos hacer aquí una apología acrítica de la globalización. Entendemos que se trata de un proceso sumamente complejo y de múltiples aristas, pero siendo como es, uno de los principales condicionantes de la dinámica internacional actual, tampoco queremos cerrar los ojos ante ella, sino contribuir a un mejor entendimiento de los retos y las oportunidades que ella significa. Nos parece

indudable que, con todos sus defectos y carencias, el desarrollo de la democracia en nuestro país está profundamente enraizado en la necesidad de ajustarse a la tendencia mundial de privilegiar a los regímenes democráticos como el ideal a alcanzar por las sociedades civilizadas.

⁴ Nuestra observación no lleva implícito ningún juicio de valor. Apreciamos que los procesos de globalización tienen tanto aspectos positivos como negativos que se convierten en desafíos u oportunidades para cada uno de los miembros del escenario internacional contemporáneo. Corresponde a cada uno de ellos, según su propio interés y capacidad responder a estos retos.

⁵ Las razones de este aparente contrasentido no son demasiado difíciles de entender. Todas las iglesias pretenden representar a la divinidad; más aún, a la idea correcta de divinidad. En este sentido, cada una de ellas contribuye a forjar un código de ética y a dotar de identidad a su colectivo, pero al hacerlo, automáticamente invita al señalamiento del no creyente como enemigo, hereje o infiel. Algunas de las mayores atrocidades en la historia han sido cometidas precisamente en nombre de Dios.

⁶ <http://www.proverbia.net/citasautor.asp?autor=659> Rescatado el 17 de abril de 2012